

La mirada que atrapa

Por PATRICIA TORRES AGUILAR UGARTE*

Cuando asistimos a un museo ponderamos experiencias que tradicionalmente consideramos normales: si nuestro espíritu es investigador, buscamos un libro, revista, folleto o artículo en internet con información sobre el recinto o la exposición que queremos visitar. Pocas cosas son tan interesantes como esos mundos maravillosos de textos e ideas que nos trasladan a lugares y hechos de otros hombres y mujeres que, viviendo su tiempo, dejaron testimonio de su andar.

El día de la visita nos dirigimos al museo mientras conversamos con los amigos sobre los intereses personales referentes al lugar, o sobre las experiencias “buenas y malas” en las salas de exposiciones. Por ejemplo, alguien dice: “A mí me encanta el tema de Egipto. Dicen que las piezas que trajeron...” Y alguien añade: “Leí en internet que la exposición aborda la muerte y lo relacionado con los dioses”. Entramos al recinto sin percatarnos de la magnífica arquitectura, de los espacios; no advertimos todo aquello que las paredes han guardado a lo largo de sus años de vida. Asimismo, no caemos en cuenta de que el edificio concentra múltiples experiencias por descubrir, y que para percibir las sólo hay que estar alertas, tener el espíritu sensible, el corazón abierto y la mente clara.

Pero de repente sucede algo mágico, se abre un campo de posibilidades que está al alcance de todos; la *mirada* entra en juego y junto a ella las demás sensaciones físicas. Los ambientes se perciben de una manera más elocuente, así como la temperatura, los olores, las formas, los colores y las texturas que nos muestran los objetos de uno y mil usos. Por lo común, en los museos no podemos tocar las piezas en exhibición, y en ocasiones esto nos hace sentir “paralizados” debido a la necesidad intrínseca de cerciorarnos de que es verdad aquello que pensamos o sabemos, y por lo tanto deseamos constatar que cierto objeto existe, que es real porque lo estamos tocando —sabemos que esto no es posible: ¿qué pasaría si todos tocáramos los objetos existentes en un museo? Temas como la preservación del patrimonio estarían en tela de juicio.

Pero la mirada, y me refiero a la observación clara y precisa de las piezas que descubrimos a lo largo de una exposición, nos da la posibilidad de “manipularlas” y apropiarnos de ellas al relacionarlas con nuestro banco de datos y experiencia personal. Ese acervo es resultado del trabajo y la transformación de otros hombres, labor que respondió a necesidades específicas y que ahora nos dice mucho de lo que compartimos como seres humanos más allá del tiempo y

las particularidades de cada raza, cultura, grupo social, etcétera.

Cómo acercarnos a las piezas en el museo y traspasar la primera sensación general de su forma, color, tamaño, para penetrar en sus secretos que aluden a recuerdos, preguntas y un gozo estético particular. Creo que el método de educar nuestra mirada es buscando que ésta nos ayude a desentrañar los aspectos más obvios, como por ejemplo los materiales de las que están hechas, su proceso de elaboración, la decoración aplicada, los colores empleados y, por su puesto, el uso que se les dio. Una observación nos lleva a otra para de pronto quedar atrapados (gratamente, desde luego) en una amplia red de objetos, personas, lugares que se entretrejen con la vida propia hasta internarnos en un intercambio cultural impresionante por su riqueza en conocimientos.

Esto necesita ser el museo: un lugar lleno de posibilidades vivas, vigentes mientras haya un ser humano que lo signifique y lo resignifique. Espero que tú seas un visitante con mirada activa y corazón accesible para que las ideas cabalguen libremente en el caballo de la imaginación ◀

* Jefa de Investigación Educativa-Subdirección de Comunicación Educativa-CNME-INAH